

Pero ¿qué es él en sí mismo? Es el acrecentamiento de vida; no podremos cansarnos de repetirlo; el crecimiento de vida física, por mayores riquezas; de vida moral, por más simpatías; y de vida intelectual, por más vastos conocimientos. El hombre moderno vive más, en el mismo lapso de tiempo, que el hombre antiguo, por la variedad, y por la multiplicidad de sus actos, de sus emociones, de sus ideas. Cuando la víspera es exactamente semejante al día siguiente, éste y aquélla no constituyen sinó una sola jornada.

La moral católica por el contrario, es la negación de la vida. La vida para ella no es más que una prueba ó una expiación, y lo mejor que puede hacer el hombre es morir, para ir á revivir en otra parte. Cuando yo veo al clero pretendiendo detener la marcha de la humanidad, me parece ver á aquel negro de Santo Domingo que metía su cabeza por la boca de un cañón para impedirle que tronase. Yo he tomado el pulso del enfermo, y se agita todavía, pero con una pulsación tan tenue que el anciano parece que vive aún por hábito, y por haber olvidado morir.

¿Quién le sucederá?

XXII

La filosofía, responde Jouffroy; puesto que ella es la última expresión del espíritu humano.

Nó, replica Cousin que fué menos un filósofo que un flautista muy hábil para modular aires variados sobre no importa qué tema de metafísica. ¿Para qué pretender el reemplazo de la religión por la filosofía? Una y otra tienen en la sociedad su respectivo dominio, y puede añadirse, su atribución personal. La religión es una moral elemental, suficiente para quien no tiene la suma de estudios con que profundizar el grande alcance del problema humano.

La filosofía dice al hombre, ¡piensa!; pero el pensamiento es artículo de lujo que supone cierto grado de instrucción. La religión, por el contrario, le dice ¡cree! Hay que tener economía de tiempo; y bajo este concepto, una punta, aunque sea una sola punta de superstición puede tener su utilidad; porque ocupa al espíritu de la multitud y la distrae de la miseria. El fenómeno de la refracción es el beneficio del desierto, pues presenta al viajero moribundo de sed una cascada de agua en el horizonte, cuya ilusión lo alienta para ir adelante y soportar el peso abrumador del sol.

En cuanto á nosotros, los felices del siglo, los delicados del espíritu respecto á todas las menudencias voluptuosas del diletantismo del pensamiento, abandonamos, caritativamente, la religión á nuestras mujeres, que forman también parte del pueblo por la debilidad de su razón; y tomamos para nosotros, todo lo más, lo que de ello es necesario conservar, para dar buen ejemplo á nuestro cocinero ó á nuestro zapatero. Somos filósofos, nosotros, los bastardos de la enciclopedia, pero entre nosotros mismos, con disímulo, y en gabinete particular. La filosofía es la aristocracia de la inteligencia: no creemos á los charlatanes de la teología; pero recomendamos al pueblo que crea en su palabra, porque el dogma de la resignación es un preservativo contra el espíritu de rebelión. No nos reímos ya, como en otro tiempo, á carcajadas, del Dios de los simples, porque temeríamos ser oídos desde la calle; y solamente nos sonreímos, sin perjuicio de arrodillarnos, á su presencia, el día siguiente á una revolución.

Hé aquí lo que dicen esos volterrianos disfrazados de devotos. Estaba reservado á nuestra época conocer un tartujo nuevo, el hipócrita filósofo, que no espera más que la vuelta de la monarquía, para convertirse en ateo; pero mientras tanto, va regularmente por la mañana á la misa, y por la noche al teatro de la Opera.

Si estos hombres dobles que tienen una palabra y un pensamiento; la primera para el público, y el segundo, para sus secretos conciliábulos, mereciesen réplica, podría responder-

seles. No hay en este mundo dos órdenes de creencias, por la razón de que no existen dos clases de almas en la humanidad. Se conoce para el espíritu, como para todas las cosas, una ley de equilibrio, y la idea tiende, continuamente á tomar su nivel; y cuando la parte alta de la sociedad es incrédula, la baja está ya á medio camino de la incredulidad. En vano para obtener el cambio de un pueblo habréis de tomar el tono de su creencia hereditaria. La hipocresía no tiene el dón de la conversión.

El motivo mismo que os lanza á jugar con la religión, excitará al pueblo á negarla, porque para vos como para él, Dios no es aquí sinó el nombre de guerra de una idea política. Heos, pues, reducidos á la extremidad de ser sinceramente religiosos, ó de ver al pueblo filósofo: escoged.

Por otra parte, los herederos directos del siglo xix dicen: ¿Por qué tentar una reconciliación inútil entre la razón y la religión? ¿Qué pueden ellas ganar con un acomodamiento? ¿Qué es lo que puede la una aprender de la otra que no lo sepa ya de antemano? ¿Acaso ellas no han trabajado, cada una por su parte, en el mismo problema? Si, acerca del propio desideratum, han encontrado ambas la misma solución, ¿por qué pretender reunir las? Su variedad de convicción las ha fusionado ya.

Si, por el contrario, han formulado una conclusión diferente, ¿por qué procurar aún reconciliarlas, cuando la divergencia de su conclusión las mantiene forzosamente separadas? Forzáis la una á sacrificar á la otra, lo que ella cree la verdad, y la asociáis á una mentira.

¡Y qué! la filosofía, la última en fecha, habrá luchado, sufrido fuera de la religión, y con frecuencia contra ella, vivido, crecido con todo lo que ella ha comprobado ó arrebatado á la religión; y ahora, que ha ganado con su sangre y con su sudor su parte de campo y de sol, ¿había de ir á pedir perdón á la teología, de su victoria, y á restituírle su conquista? Esto no sería una alianza para la filosofía; que importaría una abdicación; y puesto que ha comenzado á libertar al espíritu humano de la servidumbre, debe proseguir, hasta el fin, la obra de emancipación. Ella no tiene el derecho de contar los anillos de la cadena, para decir, yo rompo tantos, y te dejo tantos por espíritu de conciliación. Nó: la razón libre ó la razón esclava; no hay término medio: su dignidad no concilia transacción alguna. Así pues, mientras que la filosofía no haga de la razón perceptible, la revelación progresiva; y de la conciencia, la única iglesia del Dios vivo, no habrá hecho nada, y debe conservar su puesto de combate.

Decimos á estos filósofos: ¿Queréis, no es esto, que el hombre único sacerdote de su culto en lo adelante, no piense sinó por sí mismo, y no crea sinó lo que pueda comprender? Estamos con vosotros; pero vuestro culto es un hecho puramente individual, simplemente destinado á ocupar en el mundo el sitio de vuestro sillón; todo para vosotros; y fuera de vosotros, nada, ni siquiera un ejemplo.

Para representar su propio dogma, y ser juez de ese mismo dogma, es necesario tener talla y condición capaces de poder separar el error de la verdad; es decir, hallarse en edad de razón

y en plenitud de inteligencia. La voluntad no basta; es preciso también el estudio, y, además, la reflexión. Ahora bien; para llegar á tan alto ¿cuántos se hallan en estado de gracia? Contadlos. Uno por mil todo lo más. Y esta creencia puramente individual ¿puede bastar á la humanidad? Al individuo, sí, no hay duda, cuando se llama Marco-Aurelio; pero ¿cuántos Marco-Aurelios contáis por siglo?

En cuanto á las otras almas, multitudes sencillas, confusas, oscuras, á medias ó por completo sumidas en la noche de su ignorancia ¿qué lugar las ofrecéis ante Dios respecto del vuestro? Excluidos de la religión que declararéis insuficiente, velados de la filosofía que no pueden comprender, los condenáis á errar indefinidamente por el orilladero de la verdad sin tener, jamás, la última palabra de su destino.

Se les enseñará la moral, respondéis, y si ellos no consiguen la metafísica del bien, tendrán, á lo menos, su noción práctica, y esto basta.

¿Basta esto? veámoslo. Se puede concebir que vos, filósofo por estado y por temperamento, que tenéis, á cada instante del día, el pensamiento investigador de la verdad, y la verdad, por consiguiente, siempre presente en vuestro espíritu, podáis vivir en plena seguridad, resguardado con esta infatigable centinela: que ninguna preocupación pueda distraeros, ni tentación alguna sorprenderos: que para cada acto ó exigencia de la vida tenéis una respuesta prevista, de mucho tiempo formulada en vuestra conciencia.

Pero, cuando no se ha nacido bajo una estrella bastante feliz para filosofar apaciblemente por grados, desde la salida hasta la puesta del sol, cuando se debe contar con la vida, y esparcir el ánimo al viento de la acción cómo es posible mantenerlo en vigilancia, y hacerle pensar que se tiene un destino más elevado que la obra del momento?

El hombre no es tan rigurosamente puro espíritu, para que, sumergido como está en el mundo del trabajo, y, sin cesar, también distraído por la infinita movilidad de la sensación, no tenga necesidad de tomar en la materia un punto de apoyo contra la materia misma, y pedirle, frecuentemente, un medio de llamarlo á la moral. El Dios del progreso ha querido, y hé aquí la belleza de nuestra naturaleza, que todas las veces que tengamos alguna cosa buena que decir, nos impulse la necesidad de comunicar nuestra convicción; y cuando yo creo poseer una verdad, esta verdad me ahoga, si no la participo con mi semejante. Busco la virtud, pero perecería en el empeño, si en el duelo de la vida, nadie quisiese servirme de segundo.

¡Ah! lejos de esto, por yo no sé qué admirable ley de solidaridad, el hombre debe vivir, á cada instante, en presencia del hombre para recibir de él y darle también una lección de moralidad. Ayúdame y yo te ayudaré; sostenme y yo te sostendré; y todos juntos, elevando nuestra alma á un mismo tiempo y fortificándonos con la fuerza colectiva de la comunidad, podremos realizar muy fácilmente, la más gloriosa de todas las obras, la obra del deber; sí, la más gloriosa, puesto que ella es, sin cesar, la victo-

ria de la parte ideal de nuestro sér, sobre lo que hay en él de más inferior.

El hombre es débil, entregado al aislamiento: tiene necesidad, y allí está su fuerza, de vivir al lado y bajo la mirada del vecino, de pedirle y de prestarle otra fuerza de simpatía, de llamarlo á testificar y servirle á su vez de testigo, de trabajar con él en el mejoramiento de su espíritu, y de renovar, por último, un contrato de buena resolución y de recíproco deber. El es tanto más bravo, cuanto más, en fila, marche al fuego; tanto más virtuoso, cuanto más lo sea en corporación, bajo la enseña y con el impulso incesante de la familia espiritual, llamada una religión. El vive en ella y para ella; á lo menos para su aprobación y su estimación; absorbe, en este hogar irradiante de la fe común, el secreto de la abnegación y del martirio; asociación estrecha en un buen pensamiento, virtud sobrehumana entre asociados. Leed, para convenceros de ello la historia de los primeros cristianos.

La Iglesia, ó la moral en participación, en lugar preciso, á hora fija, con signos y actos comunes; tiene, pues, un poder de exaltación al bien, que no posee, que no podría tener la filosofía solitaria absorbida en su delirio; y puede hasta considerársela como un seguro mutuo de virtud.

Pero una religión cualquiera, aunque tuviese con la identidad de signo, lo cual es posible, la unidad de interpretación, que sería extraordinario, no tendría, sin embargo, el derecho de decir: soy única y universal; porque para afectar semejante ambición, debe abrazar, en la armonía y la generalidad de sus dogmas, el desarro-

llo integral de la humanidad, y vivir de acuerdo en todo y por todo, con ella, con sus leyes, sus tendencias, sus revoluciones, sus transformaciones, sus descubrimientos y sus industrias: sin todo esto, la religión y la humanidad, la primera en nombre de dogma y la segunda en el de progreso, corren riesgo de vivir en estado de cisma declarado. El hecho de un lado, y del otro la idea; y si esa es la unidad, ¿qué sería la discordia?

Cuando una teología ha fijado su punto de honor en ser unitaria y exclusiva en oposición á la ley de este mundo que exige que la vida sea una y distinta á la vez, ha escogido una posición aislada y refractaria á toda conciliación. Ser lo que ella es, ó no ser, es su único destino. Ella debe absorber la sociedad en sí misma, ó ser absorbida por ésta, y ¿qué puede esperar sinó que la incredulidad, por lascitud ó por nostalgia de la fe natal, la invada? Sería llevar demasiado lejos, fuerza es confesarlo, la intrepidez de la esperanza.

Una parte de la sociedad, y precisamente la más inteligente y la de más instrucción, ha roto con el dogma antiguo. Que tenga razón ó nó, para no creer ya en él, no importa; lo cierto es, que no cree, y este es el hecho; y como todos somos libres de creer ó de no creer, según nuestra voluntad, ningún poder del mundo podría conseguir que la incredulidad repasase el río que ya ha vadeado. Allí, donde la fe no existe ya, puede haber un culto, pero no hay más que una sombra de Iglesia.

Entre tanto, yo tengo á mi lado los míos, para instruir, para edificar: á mi rededor se nace y

se muere: tengo que prever por mí mismo la manera de preparar la última partida, y por consiguiente practicar acto religioso á cada minuto de mi existencia, pero ¿ante qué altar y cómo? En la sociedad que vivo no veo sinó una religión, y es precisamente la que he dejado por no encontrar en ella donde alojar mi razón. ¿Habría yo de ir á pedirle su manto prestado para parecer lo que me es imposible ser? ¿Iría á mentir á Dios y á mi propia conciencia ante la tumba ó ante la cuna, y sin tener la fe interior, jugar públicamente la pantomima de ella?

El alma verdaderamente religiosa no tiene pues otro recurso, después de haber abandonado la Iglesia oficial, que vivir en el estado de hipocresía ó de soledad, tomar la existencia como viene ó como pasa, limitada al día, sin atribuirle importancia alguna, y confeccionar una filosofía á la ventura, de tal condición, que abstrayéndose de toda cuestión de moral, pueda pensar después sobre ella lo menos posible para no fatigar su espíritu. La *indiferencia*; hé aquí, pues, la única religión que queda á todo el que haya salido de una religión clasificada. Pero desde el día en que un hombre no pueda entrar en colaboración del bien, en unión de otro, ni forma un propósito común con él para llegar á ser mejor, para pedirle y recibir de él, á cada instante, una conformación de buen pensamiento y de recto comportamiento, se encontrará condenado al aislamiento, ó lo que es lo mismo, la debilidad. En suma; hipocresía ó indiferencia: tal es la única alternativa del alma que ha llegado á perder la fe en el único dogma que ha conocido.

Ahora bien: la hipocresía es la desmoralización de una sociedad, y cuando un hombre ha subyugado su conciencia para hacer burla de todo lo que hay de más sagrado, irá, un día u otro, estad seguro de ello, por senderos cubiertos de sombras, tan lejos, como el sacrilego perfeccionado puede ir. No existe entonces crimen que no esté á su alcance; y desconfiad del hipócrita, porque tiene siempre dos títulos para ser malo. Lo es, primero, porque ama el mal; y segundo, porque quiere parecer sincero en una época en que la intolerancia pasa por una prueba de sinceridad. No queráis encontraros más con él, porque os haría quemar si pudiese, como la Inquisición.

Guardaos sobre todo, de desenmascararlo, porque es el mal entonces en partida doble, y tiene, por consiguiente, una duplicada injuria que vengar, realizando su venganza en esa misma proporción. Pero ese es, todavía, el menor inconveniente que tiene la hipocresía, pues el otro mayor es que, á fuerza de convertirse en hábito adquirido, la falsa piedad concluye por alamar la opinión contra la fe sincera, y arrojar el mismo trastorno en la conciencia, como una falsa moneda en el comercio. Si la religión pudiese morir, la hipocrésia la habría muerto.

En cuanto á la indiferencia, observad. Lo que veis es su obra, ó poco más ó menos. Y francamente, ¿qué podéis esperar de un hombre que carece ya de vida espiritual y que, al contrario, no tiene ocasión de volver en sí mismo, de hacer su examen de conciencia, de tomar un ejemplo, ó de pedir un consejo? Este hombre con toda seguridad, á menos de ser un ente

singular, verá extinguir, poco á poco, en su alma el sentimiento religioso, sin violencia, sin premeditación, y únicamente porque ha perdido la facultad de ejercitarlo en comunidad con sus semejantes.

Para buscar compensación, empleará el interés en lugar del pensamiento. Amontonará, gastará y de momento gozará; ó esperará, para disfrutar momento más tarde; pero su previsión no irá más allá de estas estériles sensaciones; vivirá, en fin, con los sucesos del día, y buscará en ellos, nó la idea del bien y del mal que ellos aporten, sinó el resultado que ofrezcan de pérdida ó de beneficio. Y tendrá razón, porque tal es la lógica del excepticismo. Cuando ya no se cree en nada, se debe creer, á lo menos, en el provecho, porque una ventaja material, en la duda absoluta, es una cosa que ofrece certidumbre.

XXIII.

El culto ó el sentimiento religioso en acción debería ser un llamamiento espiritual, á virtud del cual, la multitud acudiese al templo en traje de fiesta á sustraer su alma de la dispersión de la vida, del placer ó del trabajo, para recojerla ante Dios, y ofrecer en su presencia y á presencia de todos, un nuevo compromiso de respeto, por la parte divina de nuestra existencia.

El filósofo es el hombre de la razón; pero el hombre no es solamente razón sinó también sentimiento: y ¿qué lugar otorga la filosofía al sentimiento? El hombre nace, trasmite su vida y muere: estos son los tres grandes dramas de su existencia; y ¿creéis que los ha representado con la elevada concepción que tiene y debe tener de su misión sobre la tierra, y más allá de la tumba, con una simple mención en el registro de estado civil? La mujer reclama una poesía más alta y una expresión más solemne para cada uno de esos tres instantes, y ¿dónde se encuentra esa grandiosa poesía y esa manifestación suprema, sinó en la intervención y en la ceremonia pública de una iglesia?

Por su parte, la religión, demasiado soberbia

con sus ventajas bajo este punto de vista, dice á la filosofía: «¿Qué quieres tú de mí, y qué pacto armonizador, de buena fe, podemos ambos firmar? Yo hé nacido del cielo, y tú, hija de la tierra, has osado llevar tu mano á mi corona de estrellas. Cada una de tus palabras y de tus obras ha sido, para mí, una injuria, ó una humillación: tú has querido oponer verdad á verdad y yo te he devuelto desmentís por desmentís; no podemos estrecharnos las manos sin renegarnos, y sin renegar, con el mismo acto, de toda una biblioteca de polémica implacable, que hemos escrito, de una y otra parte, para devolvernos, recíprocamente, la acusación del error. Retírate, pues, que yo he manejado el mundo sin tí, y puedo, igualmente, continuar haciéndolo.»

La teología ha podido, en efecto, embrollar al mundo en otro tiempo; pero ¿puede, hoy, seguir embaucándolo? Una religión avanza ó retrocede; ninguna cosa en la tierra, por la ley inherente á la vida, permanece estacionaria. Ahora bien: si la religión en un día dado, llega á convertir la civilización europea en una montaña de piedra, era evidente que aquel día se hallaba en posesión de toda la suma de verdad correspondiente al estado intelectual de la humanidad. Pero si, por el contrario, ha perdido una parte de su conquista, es porque una porción de esa verdad perteneciente al alma humana ha pasado á otro lugar; y creer que ella la haya perdido sin motivo, sería suponer que cuando la ganó, carecía de razón.

¿Cuál es esa parte de la verdad? ¿Es, acaso, una fracción antigua que habría dejado caer en

el camino? De ningún modo: ella tiene hoy el mismo bagaje de ideas que antes ostentaba, y la parte que le falta no es sinó una porción nueva, que un poder moderno ha descubierto fuera de la teología. Y ¿cuál es ese poder? Precisamente la filosofía, esa ciencia que ha creado un nuevo capital de ideas, que alardea su gloriosa enseña con ese nombre, y que lo conservará por todo el largo espacio que luzca la razón, aunque la religión rehuse por punto de honor, la participación que le ofrece de tan valiosa riqueza.

La religión no puede ser una letra muerta irrevocablemente fijada, y eterna sobre una hoja de papel. Lejos de esto; ella está viva, siempre dispuesta á la acción, siempre preparada al desarrollo, como para dar á cada uno la más abierta oportunidad de obrar, y el más espléndido campo de actividad. Así, el hombre, pensando por seguir su propio destino, y acumulando idea sobre idea, se eleva indefinidamente y retrocede de la propia forma en el horizonte de los conocimientos.

Todo descubrimiento nuevo es una nueva glorificación de Dios, mejor visto, y mejor comprendido. El espíritu del hombre es el espejo de lo infinito: engrandecer el espejo, es engrandecer la imagen: astronomía, geología, botánica, historia natural, dinámica, todo lo que es noción de algo más, todo lo que es vida de más, movimiento de más, desarrollo del sér humano; todo, todo esto es elemento integrante de una religión verdadera, puesto que todo nos ayuda á darnos cuenta de nuestro destino. Hé aquí lo que nos aporta la filosofía; y nos parece bas-

tante rico en beneficios positivos, para inspirar el deseo de su alianza.

Es evidente á primera vista, que una teoría de unidad ó de exclusión no puede entrar en contacto con la filosofía ó la libertad de pensar. La unidad absoluta en materia de creencias, á decir verdad, es una quimera. La unidad consiste menos en el acuerdo exterior y por condescendencia de la unanimidad de los creyentes sobre ciertas palabras ó signos convenidos, que en una avenencia íntima y reflexiva acerca del sentido ó la interpretación de esos símbolos y de esas fórmulas. Para creer todos por igual, es preciso que todos comprendan con la misma igualdad: creer es comprender; y creer sin comprender, no es creer sinó repetir.

La razón humana; es decir, la razón tomada en su universalidad está únicamente autorizada para constituir la verdad en la tierra; y aun cuando no estuviese facultada para ello, tendría el exclusivo derecho de juzgarla. Juzgar que una cosa es verdad, es declararla verdad en realidad, y ¿qué sería una creencia rechazada por el espíritu humano? Sería la fe de la nada.

Puede indudablemente, rodearse de silencio á un dogma, é impedir que se proteste contra él, bajo pena de excomunión; pero la ausencia de protesta no implica la unidad. La idea discordante para ser rechazada en el fondo del alma y condenada en secreto, no deja por esto de ser una desidencia y una herejía muda que no espera para hacer su explosión en el exterior sinó un poco más de libertad, ó un poco más de valor. Mientras tanto, cada uno cree lo que quiere y como lo puede; cada uno lleva en sí

mismo una objeción, ó una reticencia: cada uno corta de la unidad de creencia una pequeña doctrina para su uso particular, y toma en fin, de la vestimenta de Cristo, el trozo que más le convenga.

Hé aquí el mal que nos corroe, y ¿cuál es el remedio que le es aplicable? Creer indolentemente, es obrar con indolencia: no creer nada, es obrar al azar; fingir que se cree, semeja á la cortesana que dice á su amante: yo te amo, y que un minuto después lo engaña. Allí donde la fe no existe, no hay grande alma, ni pueblo grande; la historia lo proclama.

Ah ¡Cuánto me hace sufrir en estos momentos la falsa ruta que aspecta querer tomar la democracia!

Ella mira, y con razón, al catolicismo como el Antecristo del progreso, que niega la razón, excomulga la ciencia, y en sus rabias de niño soplaría al sol para apagarlo. Comprendéis bien que entre él y la humanidad no puede haber ya contacto posible, que el mismo suelo no puede soportarlos, que uno de los dos debe desaparecer ante el otro; y lo que encontráis más adecuado para desembarazarnos de él, es mantenerle todo lo que constituye su fuerza, pero rechazando de su lado ese instinto de lo divino que ha podido cambiar de forma, y no puede perecer.

Queréis hacer el vacío religioso dentro y al rededor del alma humana, y colocar á ésta bajo la campana pneumática, y pensáis que ella puede consentir en ese género de suicidio por asfixia. Sois hombres, sois libres pensadores, y en vuestra soberbia arrogante de la superioridad

de la barba, habéis dicho *Nó* á la religión, porque á vuestros ojos la simple palabra *nó* es el esfuerzo supremo del genio humano para la investigación de la verdad, y os pavoneáis con la feroz negación de todo ideal celeste; desengañaos. La mujer permanecerá siempre del cura, porque tiene frecuente necesidad de llorar, para no verse necesitada á orar. La es preciso también la vía pública que engrandece el estrecho recinto de la casa: el hombre la tiene en la política; la mujer la encuentra en la Iglesia; pero tened cuidado, que al entregar la mitad del género humano al clero, vais á consagrar bajo el techo conyugal, el divorcio espiritual de la mujer y del marido, y en ese antagonismo ¿quién sucumbirá? No es por cierto la mujer. Fieros vencedores del catolicismo: vosotros sois, con sobrada frecuencia, los vencidos!

No se destruye lo que se reemplaza, se ha dicho con razón. A una religión agostada no puede oponerse sinó una religión regenerada, pero ¿cuál? Esperad un minuto. Voltaire ha dicho un concepto profundo: «El cristianismo no ha dado siempre buenos frutos, pero no debe cortarse el árbol, sinó ingertarlo.»

Ciertamente, la Reforma ha sido, en el siglo xvi una grande Iglesia, porque ha restituido al fiel el derecho de creer por su propio criterio, lo ha relevado de la presión del espíritu, lo ha constituido en ciudadano libre de la ciudad de Dios, y le ha puesto en la mano la dirección de su conciencia. Y ha hecho todavía más; pues, concentrando la religión en la Escritura, y colocando la Biblia sobre el altar, en lugar de la eucaristía, ha trasportado la piedad, en el amor

ã la lectura. Por la lógica de su propio principio, ha debido enseñar á leer más que ningún otro culto, y por tal razón desenvolver indefinidamente la instrucción del fiel.

Gracias á esta instrucción primaria que ha derramado sobre la cabeza de cada niño, como el agua de un segundo bautismo, ella se ha puesto, por toda la Europa, á la cabeza de la civilización. Nacida de la libertad, ha propagado por el mundo, sin saberlo y aun sin quererlo, el espíritu de libertad. Si se le piden, alguna vez, los signos de su misión, puede mostrar con la mano á la Suiza, la Alemania, la Holanda, la Inglaterra, la América y la Océania, y su misión quedará, entonces, bien justificada. Por lo que yo he realizado, puede ella decir, Dios estaba á mi lado, porque un gran pueblo no surge del azar.

Pero, puesto que la Reforma llegó en su oportunidad, y por resulta de una obra de aquel tiempo, ha debido tomar necesariamente el carácter de la época en que vivió y de la obra que estaba llamada á cumplir; y esta obra era ante todo, la libertad de conciencia. Ella tenía, pues, que luchar y que sufrir hasta la muerte, para conquistar ese derecho sagrado de todo ser pensante, y templar, de antemano, la voluntad del creyente, para el combate y el martirio. Adoptó, desde luego, el dogma y el culto de su obra en un siglo de asesinatos y hoguera; y de allí esa doctrina exagerada de la gracia, que sustrae, en cierta manera, al hombre de la tierra y lo coloca de frente ante Dios, con el alma llena de una fatalidad invencible, ó mejor dicho, de una inquebrantable resignación para

todo lo que pueda sobrevenir ó acontecer. Con la doctrina de la gracia, se tiene la cabeza en el cielo, y se arrostra la cólera de los acontecimientos de la tierra.

De allí, también, esa moral puritana, erizada de precauciones feroces contra toda especie de alegrías y de poesía, por temor de que, al ver las sonrisas de la vida, el soldado de Cristo se embriague en ellas y se acobarde y retroceda en el día de la prueba. Es evidente que para colocar al hombre por encima de la vida, hay primero que desprenderlo de ella por medio de una doctrina de austeridad. De aquí, que en su hora, y en la época de persecución religiosa, la Reforma tuvo razón de exagerar el dogma de la Gracia y el dogma de la Expiación.

Ella no podía vencer sinó con la condición de habituar al hombre á la muerte, por virtud de una educación instructiva de la muerte, día por día, y en cierta manera, minuto por minuto. Vencer en el mundo de la idea, es saber morir. Comprendemos, pues, una fe ruda y fatalista en aquellos pechos cubiertos de hierro y de sencillez, de los héroes de la Reforma, que se lanzaban á buscar, al través de las llamas, en la Europa incendiada, la primera libertad del hombre, la libertad de pensar por sí mismo y de adorar al Dios de su inteligencia. La Reforma era, entonces, un ejército en campaña, y era necesario imponerle la disciplina rigurosa de esa milicia inexorable.

Pero hoy, que la victoria está ganada, que la libertad de conciencia está adquirida en la mitad de la Europa, que la idea militante ha llegado á ser por todas partes la idea triunfante, la Re-

forma tiene en lo adelante la obligación de dejar que desierte de sus filas la parte de su doctrina especialmente derivada de su pasado, de incorporarse en su marcha al siglo xix, y de poner aquella en armonía con el alma nueva y progresiva de la civilización. Como toda religión decae y vive necesariamente en una humanidad, á un tiempo permanente y progresiva, debe, para estar de acuerdo con esa humanidad, y en intimidad completa con ella, abarcar una doble naturaleza, inmutable y móvil, una fuerza de tradición y una fuerza de evolución. Toda religión condenada á la letra de su dogma, es una religión que muy pronto se pasa. Una religión sin raíz en la historia es una hoja desprendida del árbol, que el más leve soplo del momento arrastra consigo.

Ved, ahora, y contad con el dedo, si podéis, todos los milagros del arte y de la ciencia, de la industria y del pensamiento, que el mundo ha multiplicado, paso á paso, de tres siglos atrás, ya independientes, ya afiliados al protestantismo; y preguntaos después, si el hombre, modificado por tantas influencias interiores y exteriores que le penetran por todos los poros, y operan sobre él en todos los instantes, es todavía el hombre del siglo xvi; y si, para hacer presa de su inteligencia debe siempre hablársele el lenguaje de Calvino.

Si la Reforma ha convertido, en otro tiempo, las masas, y arrastrado á los pueblos tras sus huellas; y hoy aparece que ha perdido el dón de convertir, por tocar á su límite ¿qué causa puede asignarse á su poder en el siglo xvi, y á su impotencia en el actual? La muy evidente de

que ella, en otro tiempo, marchaba con el tiempo, y hoy permanece rezagada para escuchar voluptuosamente los magníficos ecos de su pasado. ¿Querria recobrar las almas como las conquistó la primera vez? Pues bien; que rompa el cuadro demasiado estrecho de tal ó cual Sínodo; que lo extienda á la medida del siglo xix, para hacer entrar en él todos los progresos realizados desde hace trescientos años, y entonces podrá, también, hacer que entren allí con el mismo paso, las multitudes, y las naciones creadas y amasadas con todos esos progresos.

Ella tiene la ventaja admirable de ser la religión de la libertad, en una época en que la Europa gravita, por completo, hacia la libertad, con más ó menos lentitud, sin duda, pero con la fatalidad del astro sobre su órbita. La paz, entre la Reforma y el mundo, está medio concluida; un paso más y quedará firmada. Y que no venga á decirsenos, con yo no sé qué secta: «á un mundo nuevo, es necesaria una religión nueva.» Yo no conozco, primero, debajo del sol, ningún mundo nuevo, sinó un mundo transformado. Si queréis una creencia á la imagen de este mundo, esta creencia no puede ser sinó una transformación. Después, una religión no se hace, todo lo más, se la regenera: pero regenerarla es continuarla.

No basta, para conducir el pueblo á una creencia hacerle practicar un acto religioso, y poner sobre un cartel: «Aquí hay un templo y un culto; entra y adora.» Para creer y adorar en realidad, el hombre del pueblo necesita ver ritos antiguos, oír palabras de su infancia, por-

que sólo en estos ritos y en estas palabras, ha tenido el hábito, desde las rodillas de su madre, de fijar un sentido sagrado. Puede educarse el sentido, es verdad; podrá elevarse tanto más fácilmente, cuanto más se tenga primero una relación común con otro; pero si, invitando á la multitud á romper consigo misma, y con todo precedente piadoso, la colocáis bruscamente al frente de un neologismo perpetuo de gesto ó de palabra, que llamáis *culto*, que calificáis de *predicación*, escucha, mira un instante, y como no puede aclimatar su oído ó su mirada á todo lo que le decís, ni á todo lo que le mostráis, pasa adelante y va á buscar, en otra parte, lo que necesita.

El templo no es la primera casa que se encuentra; y como aquella primera casa, no se construye sólo con piedra y con paleta: que si la he visto salir de la tierra y elevarse por la mano del hombre, no contemplo en ella, ciertamente, un templo, sinó, todo lo más, una sala de reunión, donde puedo estar libremente como por toda la ciudad, sin que el tiempo, este arquitecto de Dios haya posado, todavía, la mano sobre ella para ponerle el último sello de su consagración.

Un templo, para ser verdaderamente el santuario del Dios vivo, debe tener la misteriosa majestad de lo pasado. Encuéntrese ó nó al alcance de la convicción del hombre, es lo cierto que por una especie de lógica instintiva, lo que es contemporáneo enaltece mal á lo que es eterno, porque hay desacuerdo forzoso entre esas dos ideas. El alma no ruega con fe, sinó allí en donde se ha orado de mucho tiempo atrás.

Se figura que todas las generaciones que han pasado antes que ella, y, sobre aquella losa, gemido, llorado y expaciado su corazón, como los gases del incienso, han dicho todo lo mejor que ellas sentían, bajo la mirada de Dios que las contemplaba: sí, le parece que aquellas generaciones han impreso en esa piedra alguna cosa más valiosa que en las demás; que todos los dolores, las esperanzas, las efusiones, las adoraciones que han palpitado allí en otro tiempo, palpitan todavía, y que Dios, que ha descendido, sin cesar, á recibirlas, por un destello de su munificencia, está allí siempre presente en alguna forma.

El vino nuevo en odres viejos. La ley del hombre lo quiere así, para que exista siempre la solidaridad de siglos con siglos, y de los muertos con los vivos. Hé aquí el secreto de la alianza: yo os lo anuncio, y ya lo preveo.